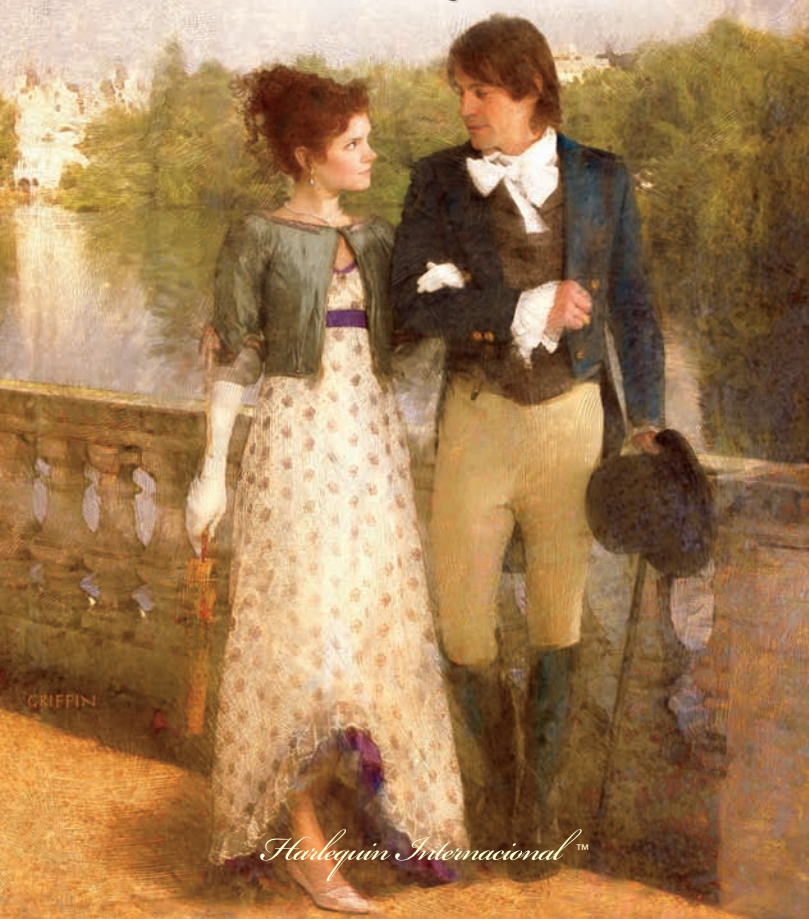




inédito

Juliet Landon

Amantes prohibidos



GRIFFIN

Harlequin Internacional™

*Juliet
Landon
Amantes prohibidos*



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Juliet Landon. Todos los derechos reservados.
AMANTES PROHIBIDOS, N° 440 - 1.9.09
Título original: A Scandalous Mistress
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-7384-0

Depósito legal: B-29641-2009

Editor responsable: Luis Pugni

Impresión y encuadernación: LITOGRAFÍA ROSÉS, S.A.

C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)

Fecha impresión Argentina: 28.2.10

Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA

Distribuidor para México: CODIPLYRSA

Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.

Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

Uno

El florete del joven se arqueó al tocar el chaleco acolchado de su oponente y recuperó la forma con la punta dirigida al suelo. Riéndose ante su propio fracaso, el marqués de Sheen elevó un brazo en reconocimiento a los aplausos.

—Bien jugado, muchacho —alabó, entregándole su florete al maestro de esgrima—. Me pregunto si alguna vez volveré a vencerte.

—No si puedo evitarlo, señor —indicó lord Nicholas Elyot quitándose la máscara—. Me ha llevado mucho tiempo alcanzar este nivel.

Estrechó la mano a su padre, admirando la agilidad de aquel cuerpo de cincuenta y dos años, la fuerza de sus dedos, los amables ojos castaños, los rápidos reflejos. Como siempre, no veía que se pareciera a él, por mucho que los demás, particularmente el señor O'Shaunessy, vieran en él una réplica exacta de su padre a los treinta años, alto y de hombros anchos, caderas estrechas y ágiles y piernas de dios griego.

El cabello negro que enmarcaba el hermoso ros-

tro del hijo era, en el marqués, tan blanco como la nieve y todavía tupido, y ambas bocas, fábricas de demoledoras sonrisas capaces detener el corazón y las protestas de cualquier mujer. Algo que solían conseguir los dos.

Se sentaron para observar a los siguientes contrincantes: el marqués apoyado contra la pared, su hijo con los codos sobre los muslos.

—No os encontraréis mal, ¿no, padre? —preguntó lord Elyot.

El aludido resopló.

—En absoluto. Podría escudarme en eso, pero no sería cierto, muchacho. Nunca he estado mejor, en plena forma. Pero supongo que tengo la mente en demasiados asuntos a la vez —comentó y miró el anguloso perfil de su hijo—. Debo inventarme alguna razón, ¿no crees?

Lord Elyot se recostó hacia atrás.

—Sólo esta vez, señor. ¿Dónde está el problema, en Richmond o en Londres?

—En Richmond, Nick. ¿Dices que regresas mañana?

—Sí. En cuanto termine un par de asuntos pendientes aquí, saldré hacia allá. Han sido casi cinco semanas, ya es hora de que retome mis compromisos.

—¿Problemas de faldas? ¿Sigues viendo a esa tal Selina «comosellame»?

—La señorita Selena «comosellame» decidió prescindir de mi compañía hace semanas, padre. Vuestra información está desfasada —señaló al tiempo que empezaba a desabotonarse la camisa.

—¿En cuántas?

—No lo sé, algunas. El asunto es que creo que ya es hora de que nuestro Seton regrese a casa, antes de que se adentre en terrenos pantanosos. No os alarméis, todavía no lo ha hecho, pero lo hará si sigue en Londres más tiempo. En Richmond hay muchas cosas para mantenerlo ocupado. Puede hacer las rondas conmigo, el alguacil y el administrador, para empezar. Y además meter algo de aire puro en esos pulmones. Encontraré maneras de que mantenga las manos fuera de los bolsillos.

—En tal caso, tal vez quiera ayudarte a realizar unas investigaciones. Eso lo mantendrá ocupado.

—¿De qué se trata? ¿Cazadores furtivos de nuevo?

—No, nada tan sencillo: el Consejo se ha quejado de interferencias en unos asuntos del distrito.

—¿Por parte de quién?

—Ése es el problema, que no lo saben. Vayamos a cambiarnos de ropa y te lo contaré.

Al igual que otros nobles que se tomaban seriamente su papel en sociedad, el marqués de Sheen, originario de Richmond, en el condado de Surrey, tenía varios compromisos profesionales. Uno de ellos para con el rey Jorge III, de quien era ayudante del jefe de caballería. Otro para con la judicatura, con la que colaboraba como juez de paz. Su propiedad de Richmond la administraba en su ausencia su hijo mayor, lord Nicholas Elyot, quien en un futuro más o menos cercano pasaría a desempeñar dichas funciones, con lo cual no se oponía a aliviar a su padre de esa carga. A tan sólo dos horas de camino

de Londres, en un día despejado, Richmond se extendía a lo largo del río Támesis, y el consejo del distrito estaba compuesto por inquebrantables ciudadanos de alto nivel, incluyendo el párroco, el director de la escuela local, terratenientes y un jefe, que era el propio marqués. El Consejo se había creado para ocuparse de asuntos como el alumbrado de las calles, el mantenimiento de los caminos y la prevención de incendios, delitos y pobreza. Los delincuentes, que casi siempre eran gente pobre, eran encerrados en el calabozo local hasta que llegaba su juicio, mientras que otros desafortunados eran enviados a un albergue donde debían trabajar a cambio de un techo y alimento, sin ninguna comodidad. Se contemplaba como un último recurso.

—Alguien parece tener un pasatiempo peligroso: intentar sobornar al personal del albergue para que dejen marchar a dos jóvenes futuras madres que acaban de ser admitidas —explicó el marqués.

—¿Y el Consejo no sabe de quién se trata?

—No. Verás, se han estado embolsando el dinero con rapidez y sin hacer demasiadas preguntas, pero esto debe terminar, Nick. Aparte de eso, un par de deudores y un niño han sido sacados a hurtadillas del calabozo por la noche, y nadie sabe quién es el responsable. Ninguna ley prohíbe pagar las deudas de una persona para que quede libre, como bien sabes, pero tiene que hacerse a través de los canales apropiados para ello, no forzando los candados o pasándole unas monedas al guarda nocturno. Esto debe terminar.

—Así que queréis que averigüe quién está

detrás. ¿Pensáis que podría ser un miembro del Consejo? ¿Alguien con alguna rencilla?

—Lo dudo. El Consejo se ha quejado ante mí, así que lo que busco es alguna información sobre la o las personas en cuestión, lo suficientemente jugosa como para persuadirlas y que vayan a hacer sus buenas obras a algún otro lugar. No quiero levantar revuelo, con un poco de chantaje será suficiente. Amenazar con detenerlas, por ejemplo. Al fin y al cabo, están cometiendo una infracción.

—¿Ah, sí? —preguntó Nick con una sonrisa.

—Por supuesto: rapto —contestó el marqués airadamente—. Y obstrucción a la justicia también.

—¿No estáis exagerando un poco, padre?

—Tal vez, pero no puedo decepcionar al Consejo. Ellos son quienes mandan mientras yo estoy aquí, ya lo sabes. Delegación especial en Paradise Road. Les gusta que se vea que son efectivos.

—No dudo de que lo sean, señor. Me ocuparé de ello inmediatamente —aseguró el joven—. No requerirá mucho tiempo. Os tendré informado.

Nick embutió sus corpulentos hombros en el immaculado frac gris y permitió al valet que ajustara las solapas, los puños, el chaleco y el blanco pañuelo al cuello con sumo cuidado. Al comprobar sus relucientes botas Hessian negras, señaló una mota de polvo en una puntera. El valet se arrodilló para limpiarla y luego se puso en pie para tenderle a lord Elyot un sombrero de copa, un par de guantes de suave cabritilla y un bastón con empuñadura de plata.

—¿Te veremos en St. James Square para la cena? —preguntó el marqués.

—No estoy seguro, señor. ¿Puedo avisároslo después?

—Por supuesto. Y no olvides el cumpleaños de tu hermana, este mes.

—¡Cielos! ¿Ya es agosto?

—No, muchacho, es septiembre desde hace dos días.

—¿En serio? ¿Qué edad tiene ella?

—¿Cómo quieres que lo sepa, hijo? Pregúntale a tu madre en la cena.

Se separaron con una inclinación de cabeza y una mirada que no era ni mucho menos tan seria como el desliz de la ignorancia del cumpleaños familiar podría sugerir.

Dentro del resplandeciente recinto de Rundell, Bridge y Rundell en Ludgate Hill la atmósfera era silenciosa, casi monacal. Dependientes con chalecos negros y delantales blancos hablaban en susurros reverenciales, inclinaban la cabeza, sonreían y daban la razón a sus clientes, tan opulentos que podían permitirse no reparar en el precio de sus compras. No tendría sentido ni traspasar la puerta si el dinero era un problema, ya que Rundell's era la tienda más selecta de Londres, donde no había nada barato y, de haberlo habido, ninguno de sus clientes querría comprarlo.

Eso era lo que lady Amelie Chester había leído en una reconocida revista para mujeres, y se había

prometido no regresar de su visita a la capital sin haber comprobado por sí misma a qué se debía tan buena fama. Llevaba haciendo esperar a su carruaje casi una hora mientras su cochero recorría Ludgate Road de arriba a abajo para que los caballos no estuvieran quietos mucho tiempo, y todavía veía compras interesantes y joyas que llamaban su atención. La breve lista que había llevado había quedado descartada hacía mucho tiempo. Sonrió al mirar a sus dos acompañantes, claramente no tan embelesadas con aquella cueva de Aladino como ella.

La que vestía con sencillez y llevaba un chal de cachemir sobre un brazo le devolvió la sonrisa.

—La señorita Chester empieza a inquietarse, milady —susurró, observando cómo los volantes y lazos desaparecían tras una vitrina de cristal.

La señorita Caterina Chester, aburrida sobrina de diecisiete años de la ávida compradora, había visto por fin algo que le gustaba y que podía observar mejor a través de una vitrina de candelabros de plata. Dos hombres acababan de entrar en la tienda y, por cómo hablaban, dedujo que eran parientes, uno cercano a los treinta años, el otro algo más joven. Los dos, sin lugar a dudas, eran adalides de la distinción, lo mejor que ella había visto en todo el día. Y había estado muy atenta.

Su ejercitada mirada joven supo exactamente qué esperar de ellos con sólo verlos de lejos: indumentaria nada exagerada, de corte perfecto, limpio, sofisticado y modelando como una segunda piel los poderosos muslos y las estrechas caderas. Y, aunque en lo alto de la manga se producía alguna arruga, no

había rastro de acolchados ni corsés. Aquellos dos eran puro refinamiento.

Además conformaban una bonita pareja, se dijo, comparándolos. El mayor, de aire más autoritario, habría estado en el ejército, supuso, mientras que el otro, al igual que ella, parecía estar pensando que tenía cosas más interesantes que hacer que estar allí. De una cosa sí que estaba segura: ellos no estarían en aquella tienda a menos que fueran ricos.

Era inevitable que se fijaran en su tía, lady Amelie Chester, que tanto llamaba la atención. Daba igual dónde fuera, o lo que hiciera o dejara de hacer, todos los hombres se la quedaban mirando, se daban suaves codazos entre ellos y silbaban groseramente al ver a tía Amelie. Mujeres envidiosas intentaban encontrar algún defecto en su aspecto, pero se rendían disgustadas porque la Fortuna hubiera favorecido tanto a una sola persona.

Observándolos con detenimiento, Caterina vio al hombre más joven fruncir el ceño al comprobar la hora en su reloj de bolsillo, y volverlo a guardar ante unas palabras de su acompañante. Entonces, igual que gatos persiguiendo a una presa, se acercaron.

Lady Chester, casi eufórica, estaba totalmente ajena a lo que la rodeaba: acababa de encontrar una pequeña caja de plata para el té diseñada por Bateman, con el tirador de la tapa en forma de bellota y el asa de marfil. Antes de que el embelesado dependiente terminara de alabar su elección, ella divisó un tarro para miel con forma de colmena con una abeja coronándolo.

—Es perfecto —alabó.

—Obra de Paul Storr, milady —informó el vendedor—. Esperamos adquirir más piezas suyas en el futuro. Ésta llegó ayer.

—Entonces seguro que le gustará venirse a Richmond —señaló ella—. Póngalo con los demás artículos, por favor. Me lo llevo.

El mayor de los dos hombres se adelantó.

—¿Richmond? Creí que conocía a todo el mundo en Richmond. Os ruego me disculpéis, milady. No nos han presentado, pero permitid que me tome la libertad de hacerlo: Nicholas Elyot a su servicio. Y mi hermano, Seton Rayne.

El dependiente inclinó la cabeza.

—Caballeros —dijo.

—Amelie Chester.

Amelie hizo una reverencia perfecta mientras Caterina rodeaba la vitrina para observar, fascinada y orgullosa de presenciar cómo su tía captaba la atención de los hombres. Algún día, ella haría lo mismo. Caterina advirtió que su tía no sonreía como una tonta, tal y como hacían muchas mujeres para ganarse el interés de los hombres, mientras inclinaba grácilmente la cabeza. Un sombrero de terciopelo cubría el brillante pelo castaño que escapaba en tirabuzones alrededor de sus orejas, resaltando la suave piel de melocotón de sus mejillas. De ojos negros y almendrados y cejas delicadamente arqueadas, ninguno de sus rasgos, al parecer de Caterina, necesitaba la ayuda de cosméticos.

A punto de terminar con su medio luto, lady Chester vestía una pelliza tres cuartos de terciopelo

malva pálido con cuello de plumón de cisne sobre un vestido de seda gris plata. Los bordes de las mangas de terciopelo se unían a intervalos con botones forrados, y un amplio bolso reticule de terciopelo a juego, bordado con cuentas, le colgaba de un brazo. El único adorno en el sombrero de corte masculino era una gran hebilla plateada en la que se había imbricado un poco de plumón de cisne. El efecto de todo aquello en los dos hombres era tan digno de verse como la elegancia clásica de su tía, pensó Caterina. Disimuladamente, la joven se soltó el recargado chal de encaje de los hombros que había insistido en llevar y se lo entregó a Lise, la doncella de su tía.

Los hermanos se quitaron sus sombreros de copa y se inclinaron al unísono.

—¿Hacéis noche en Londres, milady? —inquirió lord Elyot.

Su voz, pensó ella, era como chocolate negro caliente.

—No, milord. Sólo estamos de compras. Hemos de marcharnos pronto, ahora que los días empiezan a acortarse —respondió ella.

—Cierto. Necesitaréis toda la luz posible. ¿Hace mucho que estáis en Richmond? ¿Cómo es posible que no os hayamos visto antes?

Una sonrisa iluminó por fin los almendrados ojos, al tiempo que se enarcaba una ceja.

—En cuanto a eso, caballero, cualquiera podría no reparar en nosotras, incluso en la iglesia. Mi sobrina y yo hemos frecuentado poco los ambientes de sociedad desde que llegamos. ¿Me

permite que se la presente? La señorita Caterina Chester.

Por fin, el momento de Caterina había llegado. Se adelantó un paso e hizo la mejor reverencia que pudo mientras recibía toda la atención de los hombres y, aunque debería haber mantenido la mirada recatadamente baja, su impulso natural de comprobar qué efecto estaba produciendo fue superior a ella.

—Caballeros —susurró, permitiéndose posar sus brillantes ojos castaños en el rostro atento del más joven para contemplar su pelo negro, que parecía caer con naturalidad en un correcto desorden.

La mirada de él, advirtió la joven, mostró tan sólo una intención neutral de amistad antes de concentrarse de nuevo en su tía. Caterina suspiró mentalmente.

Lord Elyot, en cambio, advirtió que una de sus pesquisas había sido eludida.

—¿Vuestra estancia en Richmond es permanente, señorita Chester? —preguntó a la joven.

—Ya lo creo, milord. Llevamos allí tan sólo cinco semanas y dos días, todavía nos quedan muchas cosas por ver.

«Y por hacer», pensó. De nuevo, miró esperanzada hacia lord Rayne, pero sólo recibió un burlón examen a su recargado vestido y su chaqueta spencer, su sombrero adornado con flores y los guantes de encaje que ella había creído que lo eran todo. Hasta aquel momento.

—Necesitaréis varias temporadas para ver todo lo que Londres tiene para ofrecer —señaló lord

Elyot—. Pero las compras son lo primero. Mi hermano y yo hemos venido a por un regalo para el cumpleaños de nuestra hermana, pero no poseemos ni el olfato ni el tiempo para encontrar el objeto adecuado. Me preguntaba, milady... —se giró hacia Amelie—, si vos y vuestra sobrina podríais ayudarnos.

Señaló el mostrador cubierto de las piezas que ella había comprado.

—Su gusto es obviamente de lo más sofisticado. ¿Alguna sugerencia respecto a qué agradaría más a una hermana?

—Sin conocerla, caballero, sería difícil. ¿Es soltera o casada? ¿Joven o...? ¿Qué edad va a cumplir?

Los dos hombres se miraron atónitos hasta que lord Rayne ofreció algunos datos de los cuales estaba casi seguro.

—Veamos... Ella es tres años mayor que yo, está casada y tiene dos hijos.

—Y es dos... no, tres años más joven que yo —añadió su hermano—. ¿Ayuda eso en algo?

La sonrisa de Amelie se hubiera convertido en una carcajada de no ser por su esfuerzo por contenerla. Caterina apreció de nuevo el devastador efecto de aquella ebullición, auténtica pero controlada, sobre los dos caballeros.

—Eso ayuda en algo. ¿Qué signo del zodiaco es? —preguntó Amelie con un brillo en la mirada.

Los hombres volvieron a quedarse en blanco.

—¿Nació a principios de septiembre? ¿A mediados?

—A finales —afirmó lord Rayne.

—No, más bien a mediados —intervino lord Elyot—. Creo. Mirad, ¿podemos dejaros este asunto a vos, si fuerais tan amable? El señor Bowyer, aquí presente, lo cargará a mi cuenta y lo enviará a Richmond. Tenemos un poco de prisa.

El dependiente, señor Bowyer, asintió con una amplia sonrisa.

Amelie accedió, preguntándose al mismo tiempo por qué se habían detenido a elegir un regalo si tenían tanta prisa.

—Por supuesto. La señorita Chester y yo encontraremos algo apropiado aquí —aseguró.

Lord Elyot hizo una leve inclinación de cabeza.

—Sois muy amable —dijo—. Estoy en deuda con vos, milady. Espero que nos veamos en Richmond.

Había algo en su mirada, pensó Amelie. Él era un hombre con experiencia, y sabía cómo mirar a una mujer para hacerla sentir como si fuera la única persona en la estancia que le importaba. También se había dirigido a Caterina de esa manera, y la joven lo había apreciado y había deseado que el hermano hiciera lo mismo.

Tras despedirse entre reverencias, Caterina empezó a buscar al instante algo en lo que derrochar el dinero ajeno. Los hombres se dirigieron hacia la puerta, y la silenciosa atmósfera transportó sus voces con facilidad.

—No sabía que teníamos tanta prisa, Nick.

—Pues la tenemos. Es necesario que regresemos a Richmond esta noche. Tenemos que solucionar un problema para padre, bastante urgente.

—¿Qué tipo de problema?

Lord Elyot sujetó su bastón con un brazo, agarró una cajita plateada de rapé y le dio la vuelta para examinar su base.

—Hay por ahí algún chalado que parece no tener otra cosa que hacer que sacar a jóvenes fabricantes de pelucas del albergue local —comentó la voz grave con aburrimiento—. Quienquiera que piense que merece la pena rescatar a unas faldas con premio incluido es que está mal de la cabeza, ¿no crees, joven Rayne? El Consejo quiere que eso termine. Es un trabajo de un día, pero tenemos que hacerlo antes de que nos invada una plaga de vagabundos. Puedes ayudar si quieres.

Dejó la cajita sobre el mostrador.

—Vamos. No nos llevará mucho tiempo, luego podemos salir a buscar ganado nuevo, ¿qué me dices?

—¡Malditos bienhechores! Ellos son quienes deberían estar encerrados. Si supieran los problemas que causan...

Salieron de la tienda al repentino bullicio de Ludgate Hill, donde los gritos de hombres-anuncio y el sonido de los carruajes ahogaron el resto de la conversación. Amelie los espió igual que había hecho su sobrina anteriormente. Los observó detenerse conforme su propio carruaje se paraba delante de la tienda y el lacayo sujetaba a los caballos. El corazón se le aceleró presa del pánico.

«Un chalado... no tiene otra cosa que hacer que sacar a jóvenes del albergue local... faldas con premio incluido... bienhechores...»

Lo que le puso los pelos de punta no fue tanto la jerga vulgar, ya que aquellos hombres podían hablar como quisieran cuando estaban solos, sino el descubrimiento de que ellos tenían que resolver un problema para su padre, quienquiera que fuera, que los inquietaba a él y al Consejo. Y sin ninguna duda, se referían, sin ellos saberlo, a lady Amelie Chester, ya que ella era la «maldita bienhechora» en cuestión cuyo compromiso por paliar la difícil situación de mujeres desafortunadas nunca podría ser entendido por señoritos encopetados como aquéllos, que no sabían cuándo era el cumpleaños de su hermana, ni siquiera qué edad tenía.

Al oír sus voces de nuevo, la invadió una ola de ira, resentimiento y decepción. Los observó mientras examinaban el carruaje color café con tapizado en tonos crema y marrón, sus lámparas italianas, los caballos tordos, el cochero con capa y el lacayo de librea marrón y gris claro, impecable. No encontrarían ganado capaz de superar a esa pareja de fanfarrones, pensó ella, girándose con el ceño fruncido. El encuentro había terminado con una nota muy amarga, dado que ellos le habían gustado hasta entonces. Le resultaba difícil cumplir con su promesa una vez que había visto el tipo de hombres a los que había accedido a ayudar.

—Caterina, querida, ¿has visto algo apropiado?
—preguntó.

Sumergida entre exquisitas piezas de metales preciosos, su sobrina parecía repentinamente animada mientras examinaba un par de delicadas ces-

tas de plata de estilo *chinoiserie* que a Amelie no le hubiera importado poseer.

—No están mal, pero... —dijo Amelie.

—¿Qué te parece entonces una bandeja grande? Eso siempre es útil. Nunca se tienen suficientes bandejas, ¿verdad?

La clave fue la palabra «útil». Si había alguna cosa que una mujer detestaba que le regalaran por su cumpleaños, era algo considerado «útil». A menos que ella lo hubiera pedido, claro. Como un carruaje y un par de caballos. Entusiasmada, lady Amelie miró alrededor en busca del objeto útil más caro y de peor gusto de la tienda. Caterina lo vio primero, una gigantesca urna de té dorada y plateada con tres esfinges pechugonas sujetando el contenedor con sus alas y una llave con forma de una cobra a punto de atacar. Dispuesta sobre una horrible base triangular, era un recuerdo monstruoso de la reciente victoria de lord Nelson en Egipto.

—¿Y si ella no bebe té? —susurró Caterina, sin saber que ella y su tía se guiaban por objetivos opuestos—. Parece muy cara.

«Mucho mejor», pensó su tía.

—Seguro que sí lo bebe.

—¿Esta pieza es de buen gusto? —inquirió Caterina, dudosa.

Amelie respondió con cuidado.

—Eso depende de los gustos de la hermana, supongo. Si tiene una familia que va creciendo y recibe muchas visitas, una gran urna es el regalo ideal.

Y además, contribuiría a calmar algo su resentimiento.

miento hacia la insensible, por no decir inhumana actitud de los dos hermanos.

Aunque aquella compra excesiva y de mal gusto suponía un tanto para Amelie, otro asunto más serio le preocupaba: regresar a casa cuanto antes. No tenían tiempo que perder.

—Lise, ve a avisar al lacayo de que ya estamos listas para volver a casa —anunció.

De camino a Richmond, Amelie apenas reparó en las miradas de admiración hacia el hermoso carruaje color café y el dálmeta corriendo detrás. No lograba dejar de pensar en la razón por la cual habían terminado repentinamente sus compras. Una vez más, constataba que, por muy bueno que resultara ser una mujer independiente, seguía siendo vulnerable al no contar con el reconfortante apoyo de su marido.

Sir Josiah Chester le había sido arrebatado de forma tristemente súbita dos años atrás, dejándola rodeada de pocos familiares suficientemente cercanos como para ayudarla a superar los primeros meses, junto con los problemas de la herencia y del patrimonio. El único de todos ellos cuya ayuda había sido constante y desinteresada había sido el hermano pequeño de sir Josiah, Stephen, viudo y con varios hijos, la mayor de los cuales era Caterina.

Como agradecimiento por su apoyo, ella había accedido a acoger a la joven al trasladarse a Richmond. De no habérselo pedido él, y de haber tenido madre Caterina, se habría mudado sola, tal y como había pensado en un primer momento. Aunque había sido feliz durante veintidós años en

la ciudad de Buxton del condado de Derby, los dos años siguientes le habían demostrado con una brutal realidad en quién podía confiar para una verdadera amistad. Por eso no tenía ningunas ganas de quedarse allí.

Aunque la alegría de Caterina al irse a vivir con ella resultaba muy halagadora, no era lo que Amelie había deseado, y el inevitable conflicto de intereses había empañado las primeras semanas. Caterina había esperado hacer un grupo de amigos e ingresar en sociedad casi nada más llegar. Amelie no había tenido el valor de explicarle a la joven ni a su padre que ella prefería evitar la superficialidad de la vida social, y que la razón por la que había escogido Richmond era por su proximidad a los jardines Kew, al palacio de Hampton Court, al afamado jardín botánico de Chelsea y a las exposiciones de la Royal Academy. El día de compras en Londres, aunque necesario, había sido más para aplacar su sentimiento de culpa que por placer, dado que hasta entonces no se había esforzado mucho por presentarse en sociedad, como Caterina deseaba. El poco adecuado vestuario de la joven había dictado su programa de compras, y en aquel momento Lise, su doncella, iba sentada junto a una montaña de paquetes que amenazaba con engullirla a cada bote del carruaje. Afortunadamente, no habían tenido que cargar con la controvertida urna de té.

Caterina no preguntó a qué se debían las prisas por regresar, puesto que lo achacó a las crecientes nubes en aquel cielo de septiembre. Ella no sabía que se debía a la intención de lord Elyot de solucio-

nar el problema del que había protestado el Consejo.

Las embarazadas sin hogar solían ser rechazadas de un distrito a otro, incluso cuando habían dado a luz, para evitar aumentar el número de bocas a las que alimentar. Naturalmente, no podía dejarse a esas mujeres sueltas y que dieran a luz en mitad de la calle, eso escandalizaría a los refinados ciudadanos. Como último recurso, se las recogía hasta que todo había terminado, momento en el cual el problema solía estar resuelto de manera más permanente.

Sir Josiah Chester, dueño de una fortuna, nunca había colaborado en causas humanitarias. Amelie, sin embargo, movida por la poderosa combinación de no tener hijos, su profundo pesar y el ser rica, había desarrollado una preocupación por los vagabundos, los casos perdidos y los deudores desesperados. En los dos últimos años, había conseguido aceptar su nuevo estado gracias a la ayuda que había proporcionado a otros, menos afortunados que ella. Ella podía sufrir, pero lo hacía entre comodidades, mientras que ellos no.

Con un nombre tan conocido en Buxton como el de su marido, había sido bastante fácil para Amelie, como viuda, pagar las deudas de familias pobres amenazadas con la cárcel y cosas peores, y buscar trabajo a delincuentes de poca monta. Ella había proporcionado un techo y ayuda, a veces en su propia casa, a mujeres embarazadas y sin hogar, y les había encontrado lugares donde vivir luego, había convencido a esposas de granjeros de que acogie-

ran a niños hambrientos y había donado dinero para mejorar las instalaciones del albergue local. La herencia que había recibido de sus padres había sido excepcionalmente generosa, y tanta generosidad había influido enormemente en su escala de valores y de bienestar, más que en su afán por acumular la fortuna.

Mientras ayudó activamente al Consejo de Buxton a solucionar sus problemas, nadie se interpuso en su camino, aunque nada pudo evitar que las mujeres de la alta sociedad cuchichearan acerca de aquella joven, rica y hermosa viuda y de las atenciones de su concuñado, suponiéndolos amantes y rivales al mismo tiempo. El escándalo se había ido extendiendo. Entonces había sido el momento de marcharse.

Pero en Richmond, el nombre de sir Josiah Chester no había supuesto las mismas ventajas que anteriormente, y toda la ayuda que ella había entregado libremente en Buxton, debía ser repartida de forma diferente: en la oscuridad y de forma anónima. A base de sobornos y engaños, e incluso, recurriendo a las dotes como ladrona de alguna sirvienta a su servicio. Huelga decir que tenía demasiadas sirvientas, la mayoría sin referencias.

La noche anterior, había prometido a una angustiada joven en avanzado estado de gestación, a través de su igualmente angustiada acompañante, que la ayudaría a salir del albergue al que iba a ser trasladada. Amelie iba a presentarse allí aquella misma noche, y lo último que necesitaba era un guarda extra en la puerta, colocado por lord Elyot. ¿Qué

ingenuidad la había poseído para haber accedido a las presentaciones?

Volvió a escuchar la voz grave en su interior, de acento más suave que en el norte, más lánguido y perfectamente enunciado. Tenía bonitos dientes y ella recordó cómo se había estremecido cuando él le había sostenido la mirada, con amabilidad pero con una seguridad en sí mismo devastadora. Él y su hermano no se habían tomado demasiadas confianzas, como otros hombres. No, ellos habían sonreído levemente, dando a entender que había cosas que podían compartir, si se daba la oportunidad.

«Pues bien, milord», pensó ella apretando los dientes, «no habrá oportunidad. Sé cómo mantenerme lejos de personas como vos, que creen que la caridad es una pérdida de tiempo. Qué gente más odiosa y arrogante».

¿De qué color eran sus ojos?

Se regañó a sí misma y se obligó a concentrarse en las tres esfinges con la horrible cobra, al tiempo que se arrebujaba en su chal de cachemira ante el repentino escalofrío.

Después de una cena tardía, después de comprobar que todas las compras habían llegado en buen estado, después de miles de alabanzas sobre la perfección del atuendo de lord Rayne, sus cabellos, sus rasgos nobles, Caterina por fin se fue a la cama con *Los misterios de Udolfo*, que llevaba mucho tiempo deseando leer pero no se le había permitido hacerlo por temor a que su hermana pequeña Sara quisiera

hacer lo mismo. Tales eran las alegrías de dejar a una hermana atrás.

Inmediatamente, Amelie se transformó de dama distinguida en una anciana que, en la oscuridad de la noche, podría pasar por una sirvienta o una temporera buscando trabajo. El día anterior había visto la estampa de la joven a la que iba a rescatar llorando mientras esperaba fuera del impresionante salón del Consejo en Paradise Road, un grandioso edificio de estilo romano que, sólo por su tamaño, ya intimidaba. La casa de Amelie estaba cerca de allí, y Caterina y ella, en su camino de regreso del boticario, habían visto a un trágico grupo de mujeres protestando porque la mujer en cuestión debía llegar a pie hasta el albergue de Hill Common. La acompañante de la mujer, seguramente una tía o su madre, había sido apartada a empujones por un alguacil, pero Amelie había conseguido que le explicara lo que sucedía y le había asegurado, en un momento de extrema compasión, que le brindaría ayuda a la noche siguiente, de una u otra forma.

Los anteriores rescates los habían realizado fieles sirvientas de Amelie de procedencia similar a las mujeres a las que ayudaban. Así, ella no se había arriesgado a ser descubierta, ni tampoco se lo hubieran permitido sus sirvientas de haberlo querido. Esa vez, sin embargo, no había contado sus planes a nadie, ya que la acompañante de la mujer sólo la reconocería a ella.

Había un considerable camino hasta Hill Common y un carruaje se descubriría enseguida, así que Amelie acudió montada en su burra Isabelle. Además eso

resultaba más apropiado, pensó, mientras se regocijaba en que iba a adelantarse a aquel hombre odioso y a frustrarle sus planes. Qué pena no poder ver su reacción ante una nueva escapada de «una joven fabricante de pelucas». Qué jerga tan desagradable usaban los hombres.

El camino era empinado, duro y apartado de la iluminación nocturna, y la lluvia que había amenazado durante la tarde había empezado a caer pesadamente, convirtiendo la pedregosa senda en un río y empapando el chal con que Amelie se cubría la cabeza. Por fin alcanzó las imponentes puertas de hierro y la garita del portero, en la que brillaba tenuemente una vela. Nada más bajarse de la burra, Amelie vio acercarse la oscura figura de una mujer. Sintió alivio por no tener que esperar en una noche tan desapacible. Pronto, las tres estarían sanas y salvas, y la nueva vida sería acogida en lugar de convertirse en una carga para alguien.

—Encantada —saludó ella, esforzándose por ver algo en la oscuridad—. ¿Sabéis algo de vuestra... hermana? ¿O es vuestra hija? Le ruego me disculpe, no las vi muy bien.

—Sí, está bien —graznó la mujer—. Aunque sin bebé todavía.

—¿Habéis hablado con el portero? ¿Cooperará? ¿Tenemos que sobornar a más guardas?

—Claro, a todos con los que nos crucemos. ¿Cuánto ha traído, señora? Si me permite la pregunta.

—Resguardémonos de este aguacero... Venid aquí, bajo este árbol.

El repiqueteo constante adquirió otro tono cuando Amelie acercó a Isabelle bajo el árbol y sacó su bolso de debajo de los pesados pliegues de tela mojada, dándole la espalda a la mujer mientras lo apoyaba sobre la montura. Fue un momento de descuido en el que Amelie debería haber estado más alerta que nunca, pues la mujer, cuchillo en mano, se lanzó como una rata a por el bolso con el dinero, quitándoselo a Amelie de las manos y haciéndolo desaparecer entre sus negros ropajes.

Tras chocar contra la cabeza de Isabelle, Amelie salió corriendo tras la mujer y la sujetó de las ropas con toda su fuerza. Incapaces de ver nada, las dos mujeres se agarraban a lo que podían: cabeza, cabello, hombros y cuello, mientras los pies se les escurrían en el barro y tropezaban con las raíces de los árboles. La otra mujer era más fuerte y más vieja que Amelie, y entrenada en las triquiñuelas de los ladrones. Amelie fue finalmente agarrada del cabello, volteada y empujada con tanta fuerza, que terminó de bruces con la cara aplastada contra el barro sin haberle dado tiempo a respirar siquiera.

La pelea había terminado. Oyó alejarse a la mujer y luego sólo quedó el sonido de la lluvia sobre las hojas encima de ella, como un doloroso pulso, humillante e injusto. Ella había prometido ayudar a una mujer necesitada y había perdido la oportunidad. Fracaso.

—¿Isabelle? —llamó.

Oyó el tintineo de los arreos y la voz de un hombre urgiendo a la criatura a acercarse, luego unas palmadas en la mojada grupa del animal.

—¿Quién... dónde estáis? —preguntó Amelie—. ¿Quién sois?

Intentó ponerse en pie, pero las botas se le enredaban con las múltiples faldas mojadas y fue incapaz de levantarse antes de que una figura oscura se inclinara para ayudarla.

—Disculpadme, señora —dijo él educadamente—. Permitidme que os ayude a levantaros. Extienda las manos... no, así.

—¿Dónde? ¿Cómo sé que sois amigo?

—Bueno, no lo sabéis. Pero no podéis quedaros ahí tirada toda la noche, ¿cierto? Mirad, aquí está vuestro animal. Dejadme que os ayude. ¿Estáis herida?

—No mucho. No lo sé. Esa mujer habrá desaparecido de vista, ¿verdad?

—Se ha marchado, me temo. ¿Os ha robado, madam? ¿Se ha llevado...?

—Mi bolso. Sí, ha desaparecido —afirmó ella y chasqueó la lengua—. Me lo tengo merecido.

El extraño la ayudó a levantarse y a examinar el terreno cercano.

—Ni rastro del bolso, señora. Debe de habérselo llevado la mujer. Nunca hubiera creído que habría asaltantes como ella en una noche como ésta, debo decir. ¿Queréis que avise al guarda?

—Ahora no —se apresuró a contestar Amelie—. Será mejor que me marche y lo intente de nuevo mañana. Gracias por su ayuda, señor...

—Todd, señora. No ha sido molestia. ¿Queréis que os acompañe?

—No es necesario, señor Todd. Os lo agradezco

enormemente, pero no voy lejos de aquí e Isabelle puede llevarme.

—De acuerdo, si estáis segura. Os sujetaré al animal mientras montáis. Eso es. Buenas noches, señora. No recuerdo su nombre...

—Ginny —dijo ella, dándose cuenta de pronto de que su voz no concordaba con su apariencia—. Ginny Hodge. Buenas noches, señor Todd.

Buscó las riendas a tientas, hizo marchar a Isabelle y se fue dando tumbos por entre las raíces y los charcos, intentando mantenerse erguida a pesar del cuerpo magullado. Un par de veces se giró a mirar hacia la sólida negrura, aunque su principal preocupación era la mujer a la que había dejado plantada y que estaría pensando lo peor de gente como ella, igual que hacían otras personas. Tal vez debería haber sido un poco menos pródiga en sus promesas y un poco más recelosa respecto a las necesidades de la gente que necesita ayuda. En los últimos años había aprendido a ser más reflexiva, pero las decepciones del día le dolieron más que las heridas durante el incómodo camino de regreso a casa, ya entrada la madrugada. En momentos así era cuando más echaba de menos los paternales consejos de Josiah.

Sheen Court, Richmond. Casa del marqués de Sheen

La cautelosa llamada en la puerta del estudio fue contestada con un gruñido y con el gesto de dejar la pluma de escribir sobre el escritorio. Una

sola vela titilaba en la oscuridad cuando la puerta se abrió y se cerró.

—¿Ha habido suerte? —fue el saludo.

El visitante se permitió sonreír de medio lado.

—Sí, milord. Creo que tenemos algo —dijo y sacó el empapado bolsito—. La que no ha tenido tanta suerte ha sido la mujer, una tal Ginny Hodge. Ha sido atracada por una vieja ladrona a las puertas del albergue y ha perdido esto.

Dejó el bolso en el escritorio, delante de su señoría, y observó mientras él sacaba su contenido, pieza por pieza: un frasco de perfume con el tapón de metal, un pañuelo de calidad superior con el borde de encaje, y un tarjetero de plata y carey que contenía una sola tarjeta, la cual fue estudiada en silencio durante lo que al visitante le pareció un largo tiempo antes de que su señoría agitara la cabeza y gruñera incrédulo.

—Qué interesante —murmuró—. ¿Y esta... Ginny Hodge... ha resultado herida en el atraco?

—Creo que nada grave, sir. La seguí hasta su casa en Paradise Road, uno de los grandes edificios nuevos. Entró por la puerta trasera, pero no me pareció que hablara como una sirvienta.

Levantándose de su silla, su señoría se acercó a una mesa auxiliar, sirvió un vaso de whisky y se lo ofreció a su informador.

—Bébetelo —animó—. Y ponte ropa seca. Has hecho un buen trabajo.

—Gracias, milord. ¿Necesitaréis el carruaje por la mañana?

—No, sólo el faetón. Buenas noches, Todd.

—Buenas noches, milord. Gracias.

El vaso vacío se cambió por una moneda de plata y la puerta se cerró tan silenciosamente como se había abierto. Pero era mucho más tarde cuando la vela se consumió por fin y lord Nicholas Elyot, con el bolso en las manos como un trofeo, subió las escaleras de Sheen Court.